



Alicia Giménez  
Bartlett **Mensajeros**  
**de la oscuridad**

DESTINO

El tercer caso de Petra Delicado

Mensajeros  
de la  
oscuridad

Alicia  
Giménez  
Bartlett

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1635

© Alicia Giménez Bartlett, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición en el sello Ediciones Destino: febrero de 2024

ISBN: 978-84-233-6463-3

Depósito legal: B. 314-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# I

Todo ocurrió por culpa de la maldita televisión. Bien, eso es exagerado, digamos que mi implicación en todo aquel asunto endiablado se produjo a causa, y aquí no cambio ni una coma, de la maldita televisión. Aunque quizá debería mostrarme más honesta y confesarlo; en el fondo, yo fui la responsable principal. ¿De qué?: de aparecer en la maldita televisión. ¿Por qué?: quizá por no poder sustraerme a su influjo cautivador de voluntades. Esa fue una buena razón, si bien no la mayor. Lo que en verdad sucedió es que me dejé tentar pretendiendo, encima, quedar bien. Un buen día me llamó el comisario a su despacho y se puso a perorar sin tema concreto: los tiempos han cambiado mucho, la imagen de la policía no puede tratarse a la ligera, hay cosas que cada vez van a más... Inmediatamente supe que estaba tratando de pedirme que hiciera alguna cosa que no se contaba entre mis obligaciones. Y no es que se trate de ninguna maravilla mi capacidad de deducción, sino que cuando el comisario desea que ejecutes algo que te corresponde por deber, su estilo es ladrar una orden y en paz. En efecto, así era. Tras los primeros

escarceos teóricos me hizo saber que querían entrevistar a alguien del departamento en un programa de televisión. Habían dejado en sus manos escoger quién debía participar y, naturalmente, él se había hecho un razonamiento nada original, justo ese razonamiento que estoy harta de oír, que carga, que ofende, que taladra, que reduce las neuronas a polvo sideral, y no es otro que: «Siempre queda mejor una mujer». Parezco convencida de lo que digo, ¿no es cierto? Bueno, pues a pesar de ello acepté. La vanidad, siempre atisbando desde un rincón, me hizo pensar que quizá sería preferible que fuera yo quien diese la cara y, midiendo mis palabras, consiguiera que el cuerpo de policía no quedase del todo mal.

Y así sucedió. Llegado el día de mi aparición estelar, un chófer de los estudios vino a buscarme y nos encaminamos hacia las instalaciones de Sant Cugat. Allí iba a ser entrevistada por Pepe Pedrell, un periodista que se había hecho famoso gracias a sus encuentros televisivos con gente que no era la habitual. Nada menos habitual que un poli charlando distendidamente, y como Pedrell se encargó enseguida de recordar, aún menos habitual si se trataba de una mujer. Ya por completo convencida de la particularidad de mis gónadas, y tras una charla intrascendente sobre todo lo general, pasamos a la entrevista propiamente dicha.

Puede que los personajes que el periodista invitaba no estuvieran entre lo común, pero sus preguntas sí incidían una y otra vez en ese lugar. Yo, al principio, contestaba con cierta timidez, pero cuando ya llevaba cinco o seis respuestas empecé a sentirme có-

moda en aquel hábitat tan ajeno a mí. El ambiente de silencio, la atención puesta sobre mis palabras..., no sé qué mosca me picó, pero lo cierto es que me sentí como Gloria Swanson en el pináculo de su estrellato, y como una auténtica estrella me comporté. Busqué expresiones ingeniosas, relajé la expresión, coquetteé con la cámara y el presentador, intenté mostrarme humana, sincera, cariñosa con el delincuente, rigurosa con la ley... Tan cómoda me encontraba y tan imbuida de mi papel que cuando se cortó la imagen final todo mi ser pedía más y más cancha, un poco de protagonismo extra, al menos una escena cumbre a lo Margarita Gautier lanzando entre espantos sanguinolentos delicadas palabras de amor.

Una vez en mi casa, me arrepentí. ¿No sería todo aquello una magna gilipollez?, ¿no me había excedido?, ¿no había proyectado un carisma del que carecía en realidad? Enfadada conmigo misma por haberme dejado engatusar hasta tal punto y por haber perdido en cierto modo la dignidad, me fui a la cama entre nubarrones de mal humor. Nada más injustificado, sin embargo, un arrebató estúpido que hubiera podido ahorrarme, puesto que al día siguiente cuando aparecí por comisaría me esperaba un auténtico homenaje popular. Para empezar, los guardias de la puerta me aplaudieron. Miré hacia atrás por si me seguía algún notable, pero era a mí. «¡Anda, inspectora, que no estaba usted guapa ni nada!» Me enternecí bobamente: «¿Guapa?» «Más guapa que la hostia, con perdón.» Les había gustado en la tele. Pero no eran los únicos. Mientras avanzaba por el pasillo tenía que ir parándome para reco-

ger las muestras de entusiasmo. Los halagos presentaban curiosamente un formato técnico y profesional, un estilo que demostraba hasta qué punto la gente dominaba el lenguaje del medio. «¡Qué mando sobre el encuadre!», me soltó un colega inspector. «¡La cámara la quiere!», dijo una secretaria. Y en el colmo del virtuosismo la señora de la limpieza exclamó: «¡Sostenía usted el plano que daba gusto!». Era obvio que todos andaban en los secretos de la diosa televisión. El propio comisario me llamó a su despacho para felicitarme, encantado con la imagen del cuerpo que proyecté y, llevando como siempre el agua a su molino, reflexionó: «Yo ya sabía que era usted la persona ideal». Confusa y hasta mareada me metí en mi despacho huyendo de la súbita fama. Pero allí me esperaba Garzón con una sonrisa irónica que le comunicaba ambas orejas como un acueducto. «¿Habrá que ponerle tres estrellitas en la puerta del camerino?», preguntó, y luego siguió en el mismo tono: «¿Hablo con su representante o puedo dirigirme directamente a usted?». Cuando se encaminaba a una tercera pregunta florida de sorna, le espeté: «¡No me joda, Garzón!», que era la fórmula mágica tantas veces utilizada para atajar cachondeos incipientes. Entonces mi compañero y amigo querido se echó a reír y me felicitó de verdad con la frase que más agradecí: «Estuvo usted muy bien», dijo. Y yo, halagada y tontorróna, le creí.

No fueron aquellos los últimos momentos de gloria. Tres días después, la estela de mi éxito tomó forma de baño de masas epistolar. Empezaron a llegar a comisaría montañas de cartas originadas por la en-

trevista. Se distinguían perfectamente del resto de la correspondencia ordinaria porque mi nombre aparecía en los sobres como: «Petra Delicado González», segundo apellido que figuró equivocado en pantalla, puesto que el mío auténtico es González. Tomé la costumbre, durante las jornadas en que duró tal aflujo, de abrir las cartas a última hora de la tarde, concluido ya el trabajo habitual. Garzón solía venir a mi despacho y grapaba sus papeles del día mientras yo me dedicaba a aquella tarea. Lo hacía porque sentía curiosidad, y yo, de vez en cuando, para saciarla, iba leyéndole algún párrafo curioso o comentándole incidencias que encontraba escritas allí. En realidad estaba asustada por la repercusión que puede llegar a tener la maldita caja mediática, por las diferentes corrientes internas y sentimientos que despierta una aparición en quien la ve desde su casa. Aquel atardecer, con Garzón sentado en la otra mesa absorto en sus cosas, le leí el siguiente fragmento: «Mi padre pasó por varios procesos judiciales acusado de robos y estuvo en la cárcel. La policía nunca lo trató bien. Viéndola a usted por televisión estoy segura de que ahora quizá fuera diferente. Un sincero abrazo: Mari Carmen».

Garzón me miró.

—No estoy seguro de que eso sea verdad —dijo.

—Ni yo tampoco —repuse.

Por fortuna había otras misivas menos culpabilizadoras. «Su jersey era monísimo», me decía una señora. Y un caballero de Bilbao afirmaba: «Llevo una estadística privada en la que contabilizo las veces que los entrevistados en los programas televisivos



dicen “en consecuencia”. Es apabullante, créame. Debo felicitarla porque usted no lo dijo ni una sola vez». El subinspector soltó una risotada y continuó grapando documentos sin piedad.

—La gente es rara, ¿verdad, Garzón?

—Más que un perro verde, inspectora.

Entre toda la correspondencia acumulada sobresalía un paquetito postal. No le di más importancia porque ya había recibido uno el día anterior. Una anciana me había enviado como regalo un pañuelo de los que solía bordar en sus horas solitarias. Me conmovió. Aun así un paquete es siempre más llamativo, por lo que después de abrir unas cuantas cartas le di prioridad. De tamaño pequeño y envuelto en vulgar papel de embalaje, ostentaba el inequívoco error de apellido que lo identificaba como proveniente de alguno de mis admiradores de aluvión. Bajo el envoltorio había una caja de plástico negro y, al abrirla, vi en su interior una cuidada superficie de algodón. ¿Una joya? Lo aparté por un lado y... lo que apareció me hizo retirar instintivamente los dedos como cuando uno ha estado a punto de tocar un insecto de pinta dudosa. Muda, progresivamente incómoda y alterada, intentaba identificar lo que tenía ante mí. Era una bolsita de plástico transparente, nueva y sin arrugas, que guardaba dentro algo así como... Empecé a notar una náusea inconcreta que me apretaba el estómago.

—Garzón, ¿puede venir un momento? —musité.

Garzón, distraído, contestó con un mugido interrogante.

—¿Mmm?

—Garzón, venga, por favor.

Se quitó las gafas de concha acercándose cansino hasta mi mesa.

—¿Puede echarle una ojeada a esta cosa? —dije desfalleciente.

El subinspector se acercó despreocupado y miró. Yo lo estaba observando y vi en su reacción el mismo gesto inconsciente de repugnancia que mi cara debió de haber tenido segundos antes.

—¿Qué es eso? —preguntó, con los ojos aún fruncidos por el asco y la extrañeza.

—No sé, estaba en un paquete que acabo de abrir.

Pasaron unos minutos interminables. El objeto ejercía sobre nosotros una clara fascinación. Era... era algo difícil de describir, algo sin forma contundente, más bien un pingajo alargado que a todas luces parecía orgánico. De pigmentación entre cerúlea y amoratada, flotaba en un poco de líquido incoloro. Garzón hizo un movimiento hacia la caja que yo interrumpí con un ansioso: «¡No lo toque!», pero lo único que él pretendía era rozarlo levemente con un bolígrafo. La bolsita se desplazó y el misterioso contenido demostró que tenía peso y elasticidad. El subinspector repitió la operación. Luego, rascándose con ahínco la mejilla, sentenció:

—Petra, o yo estoy perdiendo el juicio o esto no es otra cosa que un pene humano.

Me acometió un ligero temblor.

—De eso se trata, ¿verdad?, de un pene seccionado. Yo había pensado lo mismo.

Repentinamente, el subinspector Garzón fue

preso de una reacción incomprensible. Se puso muy nervioso. Corriendo a derecha e izquierda sin destino aparente, balbuceaba:

—¡Pero esto no puede ser!, ¡hay que hacer algo!, ¿de quién es este pene?, ¡a lo mejor aún es posible reimplantarlo!

Era como si hubiera sufrido una pérdida de lógica momentánea. Lo atajé:

—Pero ¿qué está diciendo, Fermín?

Él continuó cada vez más excitado.

—¡Naturalmente, Petra, lo he leído muchas veces en los periódicos; aunque esté completamente cortado pueden volver a hacer que funcione otra vez!

Lo tomé por un brazo y le hice mirarme:

—¡Vamos, vuelva a la realidad! Esa operación sólo es posible si la ablación acaba de producirse. Además, Fermín, ¿reimplantárselo a quién?

Fue como si, tras un pasmo, regresara a la cordura. Se serenó y miró de nuevo el triste despojo.

—Pero ¿estamos seguros de que es lo que parece ser?

Sin duda el bueno de Garzón se encontraba bajo un síndrome que yo ya conocía. De hecho, muchas veces me había resultado chocante leer en los periódicos hasta qué punto provocaba auténticas movilizaciones una castración traumática. Los equipos médicos se galvanizaban, corrían como locos para llevar a cabo el intento de reimplante; hasta mis colegas, normalmente bastante pasivos si se trataba de un delincuente, se sumaban a la carrera común para salvar el miembro disgregado. Siempre pensé que

era algo atávico entre varones, una solidaridad innata frente al totémico instrumento.

—Vayamos despacio, subinspector. —Busqué los papeles de embalaje que acababa de retirar y los examiné. Ningún remitente. Mi nombre y dirección habían sido escritos con aséptica letra de ordenador. Me fijé de nuevo en mi segundo apellido errado. En efecto, aquel regalito sorprendente provenía de algún espectador de mi entrevista. Dejé cuidadosamente el envoltorio sobre la mesa—. ¿Qué le parece, subinspector, vamos a hacerle una visita al comisario? Seguro que le gustará echarle una ojeada a este obsequio.

—¡Joder!, espero que no esté tomándose su café con leche de la tarde, se le va a atragantar.

Al comisario no se le atragantó nada excepto sus propias palabras. Lo hicimos venir a mi despacho para no tener que tocar la caja, y cuando la tuvo delante su reflejo fue parecido al nuestro, un movimiento de repulsión. Sin embargo, pasado un momento su reacción verbal fluctuó singularmente entre la mística y los bajos fondos.

—¡Dios eterno! —exclamó—. ¡Si parece una polla!

Llegados a ese punto, nadie osaba decir gran cosa. Aquel paquete instalado sobre mi mesa de despacho ejercía un efecto intimidante. Por fin el comisario hizo lo que debía: pidió que viniera alguien del departamento de analítica. Poco después uno de nuestros hombres se llevó la caja cogiéndola con unas pinzas, y también el papel de envolver. No tardaríamos mucho en tener la primera impresión de

huellas. Una vez libres de aquel incómodo elemento, un aire misterioso invadió el lugar. Estábamos perplejos.

—¿Dónde estará el resto?

—¿Qué resto?

—El resto del hombre.

Comisario y subinspector fueron recorridos por un visible escalofrío.

—Puede ser un muerto o alguien que continúa vivo.

—Puede ser un loco que se ha autolesionado al verla a usted en televisión.

Di un respingo de alarmada sorpresa.

—¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—Porque ese alguien está loco y se ha enamorado de usted. Comprende que es un amor imposible y le manda su pene; esa es la única manera que tiene de que tal parte de su cuerpo esté cerca de la amada.

Miré al comisario de hito en hito. Siempre me había parecido un hombre vulgar, sólo preocupado por los temas más políticos del servicio. Pero no, el comisario Coronas tenía, como casi todo el mundo, una novela en su caletre que afloraba cuando lo requería la ocasión. Intenté bromear.

—Comisario, comprendo que para enamorarse de mí haya que estar un poco loco, pero... ¡tanto!

—Déjese de coñas, Petra, hay mucho pirado por ahí. Es algo que siempre he pensado, ¿acaso tenemos ni la más mínima idea de la influencia de la televisión? Nadie puede imaginar quién está recibiendo imágenes y mensajes en la intimidad de su hogar, donde puede librarse a todo tipo de desvaríos.

—Sí, y además hay que reconocer que estaba usted muy guapa con aquella chaqueta azul marino —apuntó Garzón.

Vi que, siguiendo con los comportamientos atávicos, surgía de la emasculación masculina una sospecha genérica sobre la culpabilidad de la mujer.

—Señores, esto no me parece muy profesional. El comisario reaccionó.

—Y no lo es; simplemente hablaba por hablar. Vamos a los hechos. No tardaremos en recibir un primer informe de analítica. Mañana por la mañana vaya usted, Garzón, a hablar con el juez, es preciso que ordene una investigación. Esta misma noche pónganme patas arriba a todos los servicios de urgencias de los hospitales; es muy probable que ingresara un tipo desangrándose ayer o anteayer.

—¿Sí?, ¿y desangrándose se fue a Correos para echar el paquete?

—No me líe de momento. Eso es lo que hay que hacer. A propósito, dentro de una hora quiero sobre mi mesa los expedientes de lo que lleven ahora entre manos, los dos. Deferiré sus casos a otros compañeros y este, por motivos obvios, se lo voy a encargar a ustedes.

—Sí, señor —se adelantó Garzón con estilo militar. Sin duda llevaba ya un rato deseando que el caso no se nos escapara de las manos.

Una vez destrozada la organización de nuestras vidas, el comisario Coronas se disponía a partir, contento de su enérgica actuación. Sin embargo, volvió atrás porque aún le faltaba añadir a mi destino una nueva complicación.

—¡Ah, y mientras todo esto se aclara un poco, voy a ponerle protección nocturna en su casa, Petra!

Una nubecilla roja me empañó la visión.

—¡¿Qué?! ¡Ah, no, comisario, ni pensarlo, no veo la necesidad!

—Usted no la ve, pero yo sí. No olvide que es la destinataria del paquete. Me haría muy poca gracia que un loco enfurecido por haberse capado en un arrebato anduviera acechándola en la sombra.

—Pero, comisario, ¡eso es ridículo! Ya sé cuidarme sola, además...

—No hay ademases que valgan. Yo doy una orden, usted la acata y en paz.

Salió dándose aires de padre autoritario que velaba por mi bien. Me quedé sola con Garzón. El muy ladino apenas contenía la sonrisa, encantado de que alguien me pusiera en mi sitio al fin.

—¡Todo esto es absurdo! —exclamé.

—El comisario lleva razón —susurró el subinspector cargado de juicio.

—¿Cómo que lleva razón? Toda esa historia del loco autolesivo se la acaba de inventar, no tiene ni pies ni cabeza. ¿Sabe lo que ocurre en realidad?, que se está disparando el sentimiento paternal hacia las pobres mujeres indefensas, y medio tontas, además.

Garzón se limaba las uñas en el pantalón. Ponía cara de cosa sabida, de alumno que asiste a las explicaciones del maestro neurótico por milésima vez.

—A usted, Fermín, todo esto le hace mucha gracia porque no le afecta. Soy yo quien tendrá que aguantar el coñazo de un par de guardias en la puerta. Porque es así como suele hacerse, ¿verdad?

—Depende de por dónde le dé al comisario. Puede designarle incluso un inspector. A lo mejor hasta una cuadrilla de húsares que le pongan los sables en arco cada vez que salga usted. —Se echó a reír ya sin ambages.

—Muy gracioso. Haga el favor de largarse a cumplir las órdenes del comisario. Y prepárese, Garzón, que le van a llover los deberes en este caso, de eso me encargo yo.

Garzón salió sin tomarme ni una pizca en serio. A ese estado habíamos llegado, a la total desmitificación de mi autoridad.

Me fui a casa presa de todas las furias. Así es la vida del asalariado que ocupa un puesto intermedio en la escala de poder. Te descuidas un momento y cae sobre ti el peso del superior por las más variadas razones: por motivos de escalafón, de seguridad, de obligación..., por lo que sea, pero hay que apechugar. Sólo queda la solución de desbravarse con el de abajo. Muy clásico, muy triste; un procedimiento casi demencial.

Me preparé uno de mis baños frutales y puse la radio a todo tren. La posibilidad de tener a alguien vigilando la entrada de mi casa me provocaba una oleada de incomodidad. Era un trauma psicológico, lo sabía bien, pero justamente por eso mis sentimientos poseían más profundidad. Desde bien pequeña me había parecido desasosegante no estar completamente sola en un sitio. Deseaba que mis padres se largaran al teatro o a cenar con amigos para notar la casa sólo mía. En el colegio, cuando una de aquellas monjas latosas nos ilustraba sobre la presencia pe-



renne y protectora del ángel de la guarda yo me ponía a morir. Recuerdo incluso alguna noche en que, antes de acostarme, abría la ventana y agitaba en el aire la chaqueta del pijama como si espantara un moscardón. Tenía la esperanza de que el ángel pirara por aquel método ingenuo e infantil. ¿Un detalle neurasténico? Lo sé, pero si a los cuarenta no te has reconciliado con tus extravagancias es que los demás han logrado diluir tu cerebro en la mediocridad, y yo conservaba la confianza de que no fuera así.

Hacia dos meses que había cambiado de asistente. La impagable Azucena había tenido que marcharse. Ella misma me trajo a su sustituta, Julieta, una chica de unos veintipocos que era quien se ocupaba ahora de mi casa. Nada varió sustancialmente excepto la alimentación. Julieta, ya lo había constatado por su aspecto en el poco tiempo que la vi, era una hippy tardía que practicaba el vegetarianismo, la ecología y quién sabe qué inocuos sectarismos más. Desaparecieron del fogón las sustanciosas lentejas estofadas de Azucena y del microondas los choricitos curruscantes. Julieta empezó tímidamente con tortillas a las finas hierbas y, como yo no le decía nada, fue animándose en sus habilidades macrobióticas. A aquellas alturas yo ya me encontraba al llegar con inidentificables potajes de algas y, encima, notas dejadas por Julieta cantando las virtudes dietéticas de sus engendros. No me atrevía a pedirle un cambio porque, para ser sincera, sus platos sabían bien y, encima, había notado en las tallas de ropa que estaba poniéndome silfídea sin ningún esfuerzo especial.

Aquella noche hallé en el microondas una especie de pequeña boina parda sobre lecho de patatas. Acudí a la glosa que Julieta me había dejado en la puerta de la nevera, bajo un imán. A lo mejor así tenía alguna posibilidad de saber qué iba a comer. «Esto es una hamburguesa de gluten de trigo. El gluten es la auténtica carne de los vegetarianos, llena de proteína y energía. Espero que le guste.» Aquello era el colmo. Me propuse llamarla al día siguiente por teléfono para pedirle explícitamente que comprara un chuletón rezumante de sangre. Aunque quizá sólo fuera una reacción motivada por mi mal humor. Procuré tranquilizarme, calenté la pseudo-hamburguesa y me puse a cenar. Incluso con mal humor había que reconocer que estaba buena. Regándola con una copa de Rioja me pareció hasta deliciosa. Tal vez no fuese tan mala idea dedicarse a lo verde y dejar a las vacas en paz. Sí, definitivamente me había arrastrado el mal humor. Pero tenía mis motivos. La escena vivida en comisaría se me aparecía ahora como algo descabellado y fantasmal. ¿Por qué Garzón y Coronas habían empezado a hablar del caso como si el caso existiera? Nada hacía suponer que tuviéramos un caso. Yo había recibido un pene de donante anónimo. Pero ¿era aquello un pene real o acaso una reconstrucción en algún material idóneo? Podía tratarse de una simple broma de mal gusto, o quizá alguien conservaba aquel pene en hibernación y... En fin, si seguía pensando en el episodio acabaría llenando mi mente de cosas absurdas porque, estaba bien claro, partíamos de un punto absurdo, ¿o no es absurdo recibir un presente así?

Abrí un libro y me tendí en el sofá, pero no podía concentrarme. Apagué todas las luces y miré por la ventana con discreción. ¡Sí, joder, estaban allí, dos guripas metidos en el coche! Y bien enfrente de la puerta, sólo les faltaba un cartel anunciador. Aquel comisario era un neurasténico, había visto demasiadas películas de serie B. ¿No me asistía el derecho a declinar una escolta nocturna? Consultaría mis libros de leyes, aunque dudaba seriamente de que existiera alguna legislación al respecto, no era una situación usual. Encendí de nuevo la luz, pero de pronto vi que llegaba otro coche, y de modo instintivo la apagué; quizá enviaban refuerzos. Era una falsa alarma, el coche siguió adelante y se perdió por la esquina. Volví a encender. Regresé al libro, ahora decidida a leer más tranquila a pesar de mi furor interno. Llamaron al teléfono.

—Inspectora, ¿está usted bien?

—¿Quién llama?

—¡Ah, perdone!, soy yo; quiero decir que soy el sargento Marqués. Estamos aquí delante y como encendía y apagaba usted tanto la luz pensaba que nos hacía alguna señal.

Suspiré profundamente y conté hasta tres.

—Sargento, hágame un favor, acérquense a la puerta, voy a abrir.

—A sus órdenes, inspectora, pero ¿está usted bien?

—¡Que sí, demonio, que estoy bien!

Ahora sabía que el pasatiempo favorito de todos los policías, con independencia de cometidos o graduación, eran, en efecto, las películas de serie B.

Cuando vi al sargento y su ayudante se atemperó mi cabreo, en realidad casi me conmoví. Eran dos pipiolos jóvenes y espigados con más aspecto de querubín que de polizón. Me miraron con respeto. Marqués inició una disculpa que yo atajé. Los invité a pasar.

—¿Quién les ha dado la orden de proteger mi domicilio?

—El comisario en persona, inspectora.

—Y si yo les dijera que se marcharan no podrían hacerlo, ¿verdad?

Se miraron el uno al otro sin comprender.

—No, claro —proseguí—. Verán, les diré lo que vamos a hacer. Lo cierto es que no estoy corriendo ningún peligro real. El comisario les ha dado esa orden porque extrema la prudencia y es partidario de una total formalidad, pero les aseguro que no existe riesgo. De modo que alejen el coche de mi puerta, apárquenlo un poco más allá y relájense. Incluso pueden echarse a dormir.

—Eso ni hablar —exclamó convencido el sargento—. Si acaso lo haremos por turnos.

—Muy bien. ¿Y qué suele hacer el que queda despierto?

—Yo oigo Los Cuarenta Principales por los auriculares —dijo tímidamente el ayudante, que resultó llamarse Palafolls.

—Yo prefiero pensar en mis cosas —puntualizó Marqués.

—Perfecto, pues cada uno a lo suyo, y no se preocupen de si enciendo o apago la luz, de si hay ruidos raros o chirrían las puertas. ¿De acuerdo?

—¿Y si oímos un grito, inspectora? —preguntó el ayudante con toda inocencia. Marqués le propinó un mal disimulado codazo en las costillas y yo respondí con paciencia de parvulista.

—No sufran, si veo un ratón me contendré. —Di dos pasos en dirección a la puerta y, temiendo haber sido antipática, añadí—: ¿Puedo ofrecerles alguna cosa, un poco de leche, café?

—No, gracias, inspectora, no queremos molestar.

Salieron mansamente como niños que hubieran llamado a mi casa para una cuestación. Temí hasta que les hubieran robado el coche en aquel lapsus. Coronas se había lucido. Naturalmente, no iba a ponerme a la puerta a un par de tíos experimentados de primera línea. De este modo cubría el expediente y en paz; porque parecía evidente que con aquella pareja al lado yo podía recibir más puñaladas de las que figuraban en los anales del Sacromonte, sólo que él estaría fuera de cualquier responsabilidad. Me metí en la cama, incómoda, pero estaba tan cansada que enseguida me dormí.

Mentiría si dijera que al día siguiente no llegué a comisaría con un nudo en el pecho causado por la curiosidad. ¿Tendríamos caso o todo había sido un bote de humo? En cuanto un guardia me dijo que el comisario me esperaba en su despacho comprendí que probablemente sí, teníamos caso. En el despacho también estaba Garzón.

—Tome asiento, inspectora —ordenó Coronas en plan ministro plenipotenciario—. Ya contamos con los primeros datos de la preinvestigación. Proceda a informar, Fermín.

Garzón abrió una carpeta como si en realidad le hiciera falta leer, pero enseguida se olvidó de la comedia formalista y pasó a dar sus explicaciones.

—Para empezar hay que decir que el objeto de la caja es un pene de verdad. El juez ha abierto diligencias y dentro de una hora empezará el doctor Joaquín Montalbán a analizarlo en el anatómico forense. Nos ha dicho que, si queremos, podemos asistir a la primera sesión para tener las impresiones más generales. En cuanto a las huellas, en el envoltorio exterior hay un montón de ellas, absolutamente inservibles para la investigación, pero en la caja no hay ni una, excepto las que ha dejado usted, inspectora, cuando la manipuló al recibirla. Su nombre y la dirección de la comisaría vienen escritos en letra de ordenador vulgar y corriente, probablemente un clónico, y la impresión se realizó en una impresora de chorro de tinta de las que hay miles. El paquete llevaba sellos por un valor muy superior al necesario, fue echado en un buzón callejero y remitido al departamento central de Correos, donde se selló. La razón del sobrepago postal hay que buscarla en que el responsable del envío no quiso ir a ninguna estafeta de barrio, obviamente para no ser reconocido después y para que en el paquete no figurara el matasellos de la estafeta que, al no ser la central, sí especifica el lugar. Poniendo sellos de más valor estaba seguro de que el envío llegaría y no daba la cara en ninguna parte. ¿Me sigue, inspectora?

—Como un perro —musité.

—Es decir... —continuó Garzón su perorata ya totalmente imbuido del papel de orador—, que tenemos una alevosía total por parte del emisario. Cosa que, por cierto, no augura nada bueno.

—¿Hay algún muerto de los últimos días que haya sido asesinado tras una castración?

—Ni en los últimos días ni en los últimos meses, inspectora. Si hay algún muerto castrado está aún por descubrir. Es más, hemos consultado los legajos del registro civil donde se anotan los miembros amputados y nada. Para estar bien seguros, anoche yo y la gente que el comisario puso a mi disposición nos pateamos todos los hospitales de la ciudad, y de castraciones accidentales o incluso terapéuticas, ni hablar.

Coronas intervino, visiblemente satisfecho con el estilo dialéctico de mi compañero.

—Dadas las extrañas características iniciales del caso, el juez ruega que mantengan ustedes la mayor discreción. En otras palabras, que si ven un periodista por la calle, cambien de acera y si aun con esas él va tras ustedes, miéntanle con todo descaro. Los jueces ya están hartos de que los papeles alimenten el morbo.

—Puede que no resulte fácil darles esquinazo.

—Aun así inténtenlo. ¿Han traído la documentación de las cosas que llevan entre manos? Yo les diré lo que pueden seguir haciendo y lo que deben dejar, aunque procuraré que se queden bastante libres, no quiero que esta historia pase a mayores, como les digo es de las que pueden atraer al personal, y una historia atractiva que no se resuelve es un

vehículo perfecto para que nos pongan a parir. ¿Entendido?, pues *okey*.

—¿Y de la escolta nocturna que me ha puesto, comisario?

—Déjela ahí unos días más, ¡cualquiera diría que le molesta!

—Psicológicamente me molesta.

—Si dentro de una semana las cosas están tranquilas, se la quitaré. Mientras tanto olvídense de psicologías y póngase a currar.

Hice un gesto que demostraba mi enfado. Entonces Coronas añadió:

—¡Y no sea tan cabezota ni tan individualista!, eso en un policía es muy negativo.

Garzón, ya en los pasillos, no podía ocultar el placer infantil que le procuraba verme abroncada. Y, encima, cabezota e individualista eran dos de los epítetos que él hubiera rubricado en cualquier momento. Estaba feliz. Arremetí contra él.

—Aparte de reírse por la sotabarba, ¿no hay un plan que deba comunicarme?

Ni se molestó en negar. Sacó una agendita astrosa que siempre llevaba en el bolsillo y leyó:

—A las once se realizará la autopsia del despojo. ¿Cree que debemos asistir?

—Desde luego. Mientras tanto vamos a desayunar.

Garzón y yo siempre nos alegrábamos de colaborar en algún caso, pero esta vez yo notaba en él idéntica reticencia a la que sentía en mí. No existía nada especial que pudiera agriar la situación, pero como si de una tormenta aún lejana se tratara, a



ambos nos dolía la cicatriz. Sin duda los motivos había que buscarlos en algo simbólico e irracional. ¿Y qué más símbolo queríamos que aquel auténtico artículo freudiano conservado en alcohol? Aquel maldito paquete amenazaba con sacar a pasear nuestros más ocultos fantasmas de la lucha de sexos; cosa que, a poco que fuéramos inteligentes, debíamos a toda costa evitar. Pero era un poco pronto para plantearlo en frío, ya habría ocasión de puntualizaciones.

Desayunamos en un bar frente al anatómico. El subinspector estaba convencido de que teníamos un caso sonado entre manos. Como solía hacer siempre, organizó, por su cuenta y sin ceñirse a ninguna lógica, una pequeña composición de lugar.

—Esto es un tío loco que se ha flipado por usted, inspectora, ya lo verá. Lo encontrará algún pariente o algún vecino desangrándose en su habitación. Lo llevarán al hospital, desde urgencias nos pasarán el soplo y se acabó. La historia será corta.

Yo estaba ya demasiado acostumbrada a sus previas puestas en escena como para intentar llevarle la contraria.

—Parece tener mucha experiencia en recepción de penes sin dueño —comenté.

—En eso no, pero sí en tíos solitarios, inspectora. Créame, hay mucha gente loca por ahí, hombres y mujeres que viven todo el tiempo en el lado oscuro. Imagínese sola en una habitación, sola con sus obsesiones, sus alucinaciones..., ¿hasta dónde se puede llegar? A lo mejor cuando salen a la calle, si es que salen, tienen una apariencia completamente normal.